

Pensar el dolor, el sufrimiento, el envejecimiento, la muerte: elogio a la pobreza luminosa

Dr. Carlos Díaz

El cuerpo humano nace con 300 huesos, que serán más tarde unos 206, acompañados de más de 600 músculos. En su mejor momento tiene 100.000 pelos en la cabeza, una lengua de unos 10 *cm* de longitud que puede verse mordida por 32 dientes. Capaz de distinguir cerca de 5.000 olores distintos, parpadea 15 veces por minuto y su corazón late 30 millones de veces cada año. Si es niña, al nacer, tendrá un millón de óvulos potenciales esperando oportunidades de futuro, mientras los glóbulos rojos en su periodo vital de noventa días darán 172.000 vueltas alrededor del cuerpo. Pero el nivel de desgaste que experimenta el ser humano, pese a la denodada resistencia que le oponen la física, la química, la mecánica, la medicina y las disciplinas emergentes, es inexorable. En este mundo somos mortales. Envejecer es duro, y en algunos casos extremadamente duro. Dura es la decadencia de un hombre envejecido y *moriturus*. Así es la vida.

Sin embargo, aquel a quién no le ha sido mostrada la casa del dolor solo ha visto la mitad del universo. El dolor no es solo una sensación (*nocicepción*), sino una experiencia sensorial y emocional desagradable. La vida es un desafío provisional para la muerte, algo que sabía perfectamente la sabiduría medieval, pues durante el Medievo el *ars moriendi* o arte de morir consistía en la preparación para el encuentro con el propio creador y redentor. Aceptar la muerte con entereza y serenidad ante su llegada son temas universales en la historia del hombre. No decidimos cuándo ni dónde nacemos, pero dentro de nuestras posibilidades deseamos intervenir en el desenlace de la vida, porque nadie desea pasar este tránsito padeciendo dolor, soledad, miedo, desamparo o sufrimiento. El *infirmo*, *enfermo* y a veces hasta *infame* por ambas carencias, es una persona casi tan débil pero al mismo tiempo casi tan fuerte como el *nasciturus*: aquellas mellizas fueron depositadas al nacer en sus respectivas incubadoras, pero una de ellas carecía de esperanza de vida. Entonces a la jefa de enfermería se le ocurrió ponerlas juntas en la misma incubadora y, al hacerlo, la bebé más débil abrazó a su hermanita, la cual reguló con el calor de su propio cuerpo la temperatura y el pulso de la otra logrando así estabilizar sus constantes vitales. ¿No es eso encuentro y experiencia de sentido? Frente al lema *quod pharmacum non sanat ferrum sanat* (no hay más medicina que la *quirourgia*, agresión radical contra el mal radical agresor) decimos: *quod neque natura neque ferrum sanant*,

homo sanat (todo se cura cuando el alma se cura). Y con riqueza histórica pasas por delante del esclavo de la caverna platónica que somos muchos los elementos para afrontar la oscuridad pasando a la luz.

¿A quién no le gusta que le cuiden con cariño, que respondan a sus llamadas con solicitud y esmero, que le llamen por su propio nombre con amor, porque cualquier otro nombre que no sea amor no nombra al ser humano ni colma sus expectativas, quién no responde cuando siente que es nominado con cariño? ¡Qué sorpresa han de llevarse los bebés cuando reconocen que su propio pie es su propio pie, y no una realidad perteneciente a quien le cuida! Tan identificado está con el amor que se le dispensa que, antes de leerse a sí mismo en su propio rostro, el niño se lee en el rostro de la madre¹. Cuando un recién nacido aprieta por vez primera el dedo de su madre, la tiene atrapada para siempre. Desde que existimos necesitamos que nos donen, que no nos descuiden, que nos nutran, que nos mimen, y todo esto lo expresamos polisígnicamente con el balbuceo, los gestos, el llanto, llamando la atención exactamente igual que la llama cualquier pobre precisado de la ajena dádiva en vocativo que invoca ayuda: ¿qué otra cosa podría hacer el realmente pobre sino pedir, pedir por su boca vocativa o por su gesto invocativo? La aventura humana, ese hacerse cargo progresivo de la realidad global, no comienza por el *ego* nominativo sino por el exclamativo *¡por favor!*, *¡ven en mi ayuda!*, *¡S.O.S!* El menesteroso antes descubre al tú que al yo: para poder decir *yo* debe resignificar, volver a hacer señales al tú.

¿Por qué entonces los adultos no siempre sabemos pedir, por qué nos cuesta tanto, qué clase de agarrotamiento frena esa dinámica tan natural de la invocación? ¿quizá lo impide el miedo al rechazo, el temor a que el otro divulgue nuestra debilidad una vez conocida, las malas experiencias anteriores, el temor senil a quedarnos sin nada (quiere la despensa llena cuando se siente atemorizado por la posible carencia de mañana y del pasado mañana), la presión sociológica que presenta al necesitado como derrotado y al donante como ingenuo o hasta como idiota? Lo cierto es que según nos hacemos mayores ponemos sordina a nuestra condición mendicante, apagamos o amortiguamos lo petitorio que hay en nosotros, aunque al hacerlo nos ahogamos por dentro. Somos como náufragos que lanzamos mensajes angustiosos en botellas en lugar de darlas en mano a quienes muchas veces están a nuestro lado y son sus destinatarios. Al crecer dominamos la petición indirecta a costa de la directa, y de ese modo los equívocos y las frustraciones proliferan.

¹ Cfr. Siewerth, G: *Metaphysik der Kindheit*. Johannes Verlag, Einsiedeln, 1957, p. 79.

Pero ese mendigo que somos cada uno de nosotros mientras estamos en pie transfunde al propio tiempo, cuando se enriquece, el regalo que ha recibido para así enriquecer a otros respondiendo a su solicitud, y lo mismo harán ellos por su parte: es la sabia cadena de la vida, que hace que los padres sean para sus hijos, y éstos para los suyos. Cría a tus hijos y sabrás cuánto debes a tus progenitores. De niño, cada hombre toma parte en los recuerdos de sus abuelos; de viejo toma parte en las esperanzas de sus nietos. De esta manera cada uno abarca cinco generaciones de cien a ciento veinte años. *Quien ama cuida del otro*: “Iba a dejar mi trabajo, pero hay algo que me ha hecho retomarlo, papá. Tú has pronunciado las palabras más importantes: *¿Cómo puedo ayudarte, hijo mío?*”. Como respuesta al vocativo mendicante surge el genitivo respondente; el vocativo es el niño, el genitivo la madre, padre, hermano mayor o comunidad de cuidadores a cuyo amoroso anticipo el infante aprende a responder. Hay un genitivo lejano, el de quien enseña desde fuera, y un genitivo cercano que vincula y nutre desde la propia entraña. El genitivo verdaderamente fundador es aquel que se da en la relación entre la llamada que solicita con urgencia y la acción que responde con responsabilidad por el otro². Quien nos ama nos enseña a querer y a querernos. Ocupar un lugar en el corazón de alguien significa no estar nunca desamparado. Toda relación valiosa se fundamenta en la simpatía, en la cordialidad, en el respeto mutuo, y todo esto adquiere siempre formas tan concretas como la que sigue a continuación. Mi primo Vicentito no conocía ni reconocía, babeó permanentemente entre convulsiones periódicas; ni siquiera supo regular sus esfínteres. ¿Alguna habilidad? Daba vueltas y vueltas de día y de noche en torno a una estufa de carbón a buen ritmo y sin tropezar con ella. Piedad, sólo la mirada de una madre puede resistir ciertos espectáculos: “Siento morir antes que Vicentito, porque cuando yo muera ¿quién le cuidará como él se merece?”. Mi primo pudo haber sido considerado por algunos como un ser inferior a otros animales más inteligentes, sin embargo, desde la perspectiva del amor que le profesó su madre, Vicentito fue la persona más digna del universo. ¿Por qué? Sencillamente porque a su hijo totalmente desvalido le amó totalmente, es decir, con el cariño de un *padre-y-madre*. He aquí una verdad básica en la vida humana: quien nos ama nos reconoce como personas, seamos quien seamos y estemos como estemos. El amor dignifica y rescata del olvido y de la muerte, reconstruye lo deficiente, apuntala la debilidad, asume la deuda, enjuga el llanto, y por eso *quien es amado es renacido y reconocido*. Quien nos ama nos reconoce. Da, en fin, más fuerza sentirse amado que creerse fuerte. Así de sencillo, así de misterioso, pero así de verdadero.

² Para esta relación *Wort* (palabra), *Antwort* (respuesta), responsabilidad (*Verantwortlichkeit*), cfr. Ebner, F: *La palabra y las realidades espirituales*. Ed. Caparrós, Madrid, 1995.

Quienes se aman se cuidan *recíprocamente*. La escena transcurre en el traslado de un campo de concentración a otro: “El viejo español que estaba acostado bajo el tragaluz se ha sentado contra la pared del vagón. Es un catalán. A uno de sus hijos lo han fusilado en Francia en su presencia, el otro está tumbado ahí al lado. El viejo tiene un rostro amarillento, redondo y reseco, lleno de arrugas, ya no puede saberse su edad. El hijo bien pudiera tener unos veinte años... El padre y el hijo cubiertos de piojos; los dos perdiendo su edad y pareciéndose cada vez más. Los dos juntos hambrientos, cediéndose el pan con ojos de adoración. Y los dos aquí, ahora, en el suelo del vagón. En la noche el padre ha sido zarandeado por un vecino. El hijo lo ha defendido y luego ha ido hacia él y le ha dicho: *¡Padre!* El viejo lo ha mirado con su rostro reseco y ha llorado. El viejo hace una mueca, sin contestar. Todos los secretos del viejo están expuestos sobre su rostro. El misterio del extraño irreductible que resulta ser siempre un padre se ha disuelto aparentemente en medio del hambre y de los piojos. Ahora es transparente. Los SS piensan que, en la parte de la humanidad que han elegido, el amor debe pudrirse, porque no es más que un remedo del amor de los hombres de verdad, porque no puede existir realmente. Pero ahí, en el suelo de este vagón, la extraordinaria estupidez de este mito se hace añicos. El viejo español se ha vuelto transparente tal vez para nosotros, pero no para el joven; para él aún está en el suelo el pequeño rostro amarillo y arrugado del padre, y en este rostro ha quedado impreso el de la madre y, a través de este último, todo el posible misterio de la filiación. Para el hijo el lenguaje y la transparencia del padre siguen siendo tan insondables como cuando éste era todavía plenamente soberano”³.

De alguien generoso se podría decir siempre que supo dar con infinita ternura sin humillar jamás a quienes favoreció, y es que se enriquece sin medida quien llega a olvidarse de sí mismo para entregarse a los demás. Todos podemos ser ricos sin límites, si todos aprendemos a dar ilimitadamente, y por eso la dádiva es el más potente antidepressivo. Las personas temerosas, angustiadas, irascibles y deprimidas se curan cuando comienzan a dar sin desear nada a cambio, pues ello produce una inenarrable sensación de paz, equilibrio interior y alegría en cualquier circunstancia. La madre Teresa curaba a un *leproso en un leprosario de Calcuta*; con solícito afán se inclinaba sobre las llagas y pústulas del infeliz, las enjugaba y dejaba limpias de materia pútrida. Al terminar tomó en sus manos el rostro del enfermo y con una sonrisa le besó la frente. Un diplomático inglés que visitaba el leprosario vio todo aquello con invencible asco, y comentó haciendo un gesto de disgusto: “Yo no haría eso por un millón

³ Antelme, R: *La especie humana*. Arena Libros, Madrid, 2001, pp. 268-269.

de libras”; “yo tampoco”, respondió con otra sonrisa la madre Teresa a aquél diplomático.

Como nos recuerda Max Scheler, cuando murió su hija, Lutero escribió: “Me siento triste en el espíritu, pero alegre según la carne. Es algo maravilloso saber que seguramente se encuentra en paz y que está bien, y pese a ello estar todavía tan triste”. Amor y dolor se hallan intrínsecamente vinculados; el amor es fuerza básica y condición previa del sacrificio que son tanto la muerte como el dolor: “Todo sufrimiento es un *en lugar de* condescendiente para que el todo sufra menos”⁴. La idea de *sacrificio* –cabeza de Jano cuyos rostros ríen y lloran al mismo tiempo⁵- no sólo contiene una aritmética del placer y del disgusto, de bienes y de males, sino una definitiva supresión de bienes y placer que no puede presentarse de nuevo bajo otra forma, o bien la implantación definitiva de males y de disgusto⁶. *Sólo en los más bajos y periféricos estados de nuestra existencia se separan tanto el dolor y el placer*⁷. El eudemonista busca el placer y encuentra lágrimas ignorando que no es posible que la felicidad sea objeto voluntariamente buscado; más bien lo que deriva de ahí es la *traición a la alegría*⁸. El budismo no tiene como las otras religiones y metafísicas una doctrina del sufrimiento, *es* la doctrina de la esencia del sufrimiento, de las causas del sufrimiento, de las condiciones para suprimir el sufrimiento, y de la vía para producir esas condiciones. Sólo esta última verdad contiene la ética y la técnica del sufrimiento: todos los seres se encuentran necesaria e inevitablemente en los estados que han merecido sus acciones. Todos los sufrimientos y cada uno de ellos son, según Buda, igualmente malos y deben ser eliminados. En lugar del “ofrece resistencia al mal” (*heroísmo activo del sufrimiento*) y del “no ofrezcas resistencia al mal” (*heroísmo pasivo del sufrimiento*) el budismo dice: “No suprimas el mal, sino *la resistencia al mal* y hazlo prescindiendo de la sed”⁹. Sacando el yo del nexo causal se produce la *santa indiferencia*. Menos radicalmente desde el occidente, también Benito Spinoza, “dado el carácter confuso y turbio de pensamientos e ideas”, recomienda la pura contemplación racional. Y Schopenhauer, a la vista del dolor cósmico, propone el consuelo de la razón. Mucho antes, el estoico Aristipo cree que la felicidad huye de quienes la persiguen y que el sufrimiento se acerca a medida que éste corre más rápido, por lo cual no quiere esforzarse en conseguir riquezas, caballos, amigos, o

⁴ Scheler, M: *El sentido del sufrimiento*. Ed. Goncourt, Córdoba, Argentina, 1923, p. 31.

⁵ *Ibi*, p. 32.

⁶ *Ibi*, p. 25.

⁷ *Ibi*, p. 33.

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Ibi*, p. 47.

mujeres, sino sólo el placer que ellos le dan, ya que sólo un necio se esfuerza por conseguir cosas y bienes.

La única discapacidad que hay en la vida es la actitud negativa; el único discapacitado es el incapacitado para descubrir sus propias discapacidades. Más allá de la visión está la *visión deontológica* (procurar la mejora de la salud dentro del conjunto de la correspondiente mejora de los valores en general, *visión aretológica*)¹⁰. En 1989 fueron publicados por el *Colegio americano de médicos* los *seis principios bioéticos básicos y generales*: no hacer daño (no maleficiencia); hacer el bien (beneficencia); derecho a la autodeterminación (autonomía o respeto a la autodeterminación de pacientes capaces de valora decisiones, lo cual se manifiesta en la práctica con el *consentimiento informado*, gracias al cual la persona tiene el derecho de aceptar o rechazar cualquier acción de salud propuesta respetando el poder de decisión que tiene el paciente de elegir su beneficio); respeto por el control de la información; decir siempre la verdad (veracidad); y hacer justicia (defender la mejor atención para sanar, o de morir dignamente). De todos modos, esta declaración de principios –psitacista como la de loros y cotorras- que se repite sin la suficiente comprensión de las contracciones que dichos principios bioéticos básicos entrañan y sin apenas cultura reflexiva, está llevando en estos tiempos de pensamiento único (neoliberalismo ideológico) a enormes contradicciones interiores, de entre las cuales aquí sólo voy a referirme como botón de muestra al *sogennante “principio de autonomía”*, según el cual “debemos dejar a los agentes racionales y competentes tomar las decisiones importantes para su propia vida, según sus propios valores, deseos y preferencias, libres de coerción, manipulación e interferencia”¹¹. En lo personal no puedo por menos que discrepar radicalmente de semejante pretendida categoricidad, pues si se acepta semejante autonomismo a ultranza no se ve por qué no podría convertirse el médico en un cómplice de cualesquiera suicidios ajenos, toda vez que el no quitarle al enfermo -desesperado o no- una pistola con la que apunta sobre su propia sien constituye sin ambages una forma de complicidad criminal. Desgraciadamente, no pocos “bioéticos” de última hora (¡asombrado estoy de que aquí todo el mundo enseña bioética sin cualificación médica ni axiológica alguna, a falta de las cuales pretenden intensificar la moralina, valga este paréntesis doloroso y al parecer ya sin fácil retorno!), atrapados como lo están por sus discursos ético-sociales, o más bien metaéticos, o mejor todavía,

¹⁰ Cfr. VVAA: *Principales dilemas éticos en geriatría*. Ed. Corinter, México, 2009.

¹¹ Platts, M: *Sobre usos y abusos de la moral*. Instituto de Investigaciones Filosóficas. UNAM, México, 1999, p. 51.

meramente ideológicos, parecen en ocasiones fanáticos de la sobrematanza (*overkilling*). Por otra parte, una *autonomía irrestricta e irresponsable* justificaría cualquier arbitrariedad e injusticia ejercida por el paciente contra sí mismo entrando además gravemente en contradicción con el *principio primero*, que es el de *no dañar*, carta magna de la práctica ética y por lo mismo también de la práctica médica. Esto obliga a su vez al bioético serio a valorar también los conflictos intrínsecos que entre esos seis supuestos principios se dan con abrumadora frecuencia.

Dicho lo cual *sine ira et studio*, y derivadamente, toda razón que *más allá de la razón dialógica* académica autocomplacida en sus rutinas desee tomar el sendero de la *razón profética realista*, como afortunadamente lo está implementando la línea de investigación interdisciplinar de la mexicana doctora Myriam M. Altamirano Bustamente, ha de buscar la urgencia en el tiempo y la redefinición de su espacio, una bioética tridimensional *en tiempo real capaz de ir del discurso a la acción ética*. Por decirlo con Paul Ricoeur, ha de situarse por forzosidad existencial más allá de la *medicina de la anestesia*:

- *En primer lugar, en cuanto a la relación persona-persona entre médico y paciente*, el profesional de la salud debe constituirse en un referente que permita la familiaridad y la confianza dentro de los límites de su función profesional, lo que implica una presencia constante, una actitud previsible y un encuadre claro y sólido en la relación médico-enfermo.

- *En segundo lugar, en cuanto al respeto de la temporalidad*, “si queremos que los pacientes se sientan tratados como iguales, necesitamos respetar sus *tiempos*; esto en sí mismo implica una actitud *ética* al darle un reconocimiento a la dignidad del paciente por la vía de los hechos y no sólo en el discurso”¹².

- *En tercer lugar, en cuanto a la liberación de los espacios*, la *proxemia* nos enseña que los pacientes tienden a deprimirse en los hospitales en parte porque se trata de un espacio hostil donde no pocas veces brilla por su ausencia la sensación de libertad de movimientos; úlceras de estrés, frecuentes en pacientes hospitalarios disminuyen en un ambiente más amable y despersonalizado¹³.

- A estos principios agregaríamos por nuestra parte un cuarto, *el fin no justifica los medios*, al que podríamos denominar -de acuerdo con el primer

¹² Vázquez, A: *Psicoanálisis y práctica médica*. Ed. Corinter, México, 2009, p. 467.

¹³ *Ibidem*, pp. 470-473. Cfr. la profunda simpatía de estos tres principios con los de Díaz, C: *De la razón dialógica a la razón profética*. Ed. Madre Tierra, Móstoles, 1991.

documento internacional sobre ética de la investigación en 1947- *el Código de Nüremberg*¹⁴.

Y todo esto porque la persona es el siempre viejo y siempre nuevo protovalor, cuya dignidad funda todos los demás, como lo proclamara el doctor Severo Ochoa, Premio Nobel de medicina en 1959: “El embrión es un ser vivo, luego ahí hay vida, vida humana por supuesto. El hombre es lo que su clave genética determina. Y esta clave genética se establece desde el momento en que se constituye el huevo (zigoto). Desde este momento este nuevo ser tiene sus derechos personales. Jamás un anatómico o un fisiólogo considerará el feto como parte integrante de la madre, cual pudieran serlo un apéndice o una verruga que se pueden extirpar a voluntad. La vida del feto no es la de la madre, sino la suya propia, y tiene derecho a que se respete como se debe respetar la vida de un adulto¹⁵. Partimos por un camino en el que sabemos que jamás estaremos desocupados, jamás desesperados: nuestra obra está más allá del éxito, nuestra esperanza más allá de las esperanzas. Nuestra acción no está dirigida esencialmente al éxito, sino al testimonio. Y aunque estuviéramos seguros del fracaso, partiríamos de todas formas: porque el silencio ha llegado a ser intolerable. Nuestro optimismo no consiste en calafatear el futuro con nuestros sueños: ¿quién conoce las geografías de las potencias del bien y del mal, de sus promesas, de sus posibilidades? No, nuestro optimismo no está vuelto hacia el porvenir como hacia una solución. El éxito es algo sobreañadido. El reino en que creemos existe desde este instante, si lo aceptamos cual fulgor que nos rodea.

¹⁴ “Cualquier investigación debe tener en cuenta que: siempre se mantenga el libre consentimiento de la persona que va a ser sometida a la investigación; que en todo momento se reserve el paciente su libertad para retirar su consentimiento y retirarse del estudio; que la proporcione adecuada información a la persona misma; que sirva para el progreso de la medicina y el bien de la humanidad; que se produzca la previa experimentación con animales de laboratorio; que no causará la muerte o la incapacidad de la persona que se someta a la investigación; que sean mayores los beneficios que los riesgos; que la investigación sea realizada por investigadores cualificados; que los intereses del individuo prevalezcan sobre los de la ciencia; que se tomen en cuenta su libertad y su dignidad”. Cfr. Revilla, C, e Islas, S: *Ética de la investigación clínica*. Ed. Corinter, México, 2009, pp. 500-501.

¹⁵ Entrevista en Diario *Ya*. Madrid, 7 de enero de 1979, p. 44. Entre otros muchos, el dr. Robert Edwards de la Universidad de Cambridge, pionero de la fecundación *in vitro* humana, añade: “Cuando se funden los dos gametos se dispone de toda la información necesaria y suficiente para expresar todas las cualidades innatas del nuevo individuo. Aceptar que después de la fecundación un nuevo ser ha comenzado ya a existir no es cuestión de gusto o de opinión. No es una hipótesis metafísica, sino una evidencia experimental” (Lejeune, J: *Cuando comienza el hombre*. Ed. Palabra, Madrid, 1983, p. 212.

El mundo nos duele mucho, tanto que rechazamos la felicidad a cualquier precio. Muy enfermo está el mundo mal vivido, tanto dolor se agolpa en nuestros costados que por doler nos duele hasta el aliento. A pesar de eso hay fuerza y esperanza en nosotros, dolorosos y gozosos porque lo uno no cabe en profundidad sin lo otro. El sufrimiento dotado de sentido apunta más allá de sí. La vida no se colma solamente gozando, sino también sufriendo. Si nos preguntamos honradamente si estaríamos dispuestos a suprimir de nuestra vida las experiencias desventuradas, nos contestaremos que no. La plenitud de dolor no significa, ni mucho menos, el vacío de la vida, antes al contrario la persona en el dolor y en el envejecimiento que lo precede y a veces acompaña madura y en él crece. Alguna pobre gente, incapaz de imaginar nada que no sea su propia realidad, me insinúa, con jeremiada incluida por mi desperdicio, que soy un septuagenario tozudo que, en lugar de aprovechar razonablemente la tarjeta dorada para “disfrutar” de la vida en su dimensión de “tiempo libre” (al parecer antes hubo de ser “tiempo esclavo”), me recluyo incomprensiblemente cual viejo topo en un agujero inhóspito donde rechazo la luz solar, como el esclavo de la caverna platónica, algo que no es en absoluto verdad, entre otras cosas porque la luz que yo cultivo es de otra naturaleza y desde los metros cuadrados de mi despacho exploro el universo entero, y no es una frase: desde aquí hago turismo de altura. Claro que esta misma actitud mía a algunos les parece lo contrario, y me sonrojan alabando mis supuestamente sublimes o cuando menos admirables setenta años exteriorizando su asombro por la supuesta ingencia de mi trabajo, por su fortaleza, y por lo que suponen su gran proyección. Sea como fuere, me interesan lo menos posible las opiniones ajenas. Este fluir quedo de la vida es una de las cosas que me resultan cada vez más desconcertantes, mágicas y - para bien y para mal- fascinantes: ver cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte, tan callando, quizá de ahí mi impenitente y fluido conversatorio cotidiano con los difuntos. Mi buen amigo José María Vegas, misionero claretiano en la Rusia profunda, nos escribe: “Mientras seguía esperando mi avión al tiempo que corregía un artículo que tenía que enviar, hubo un detalle simpático. Junto a mí se sentaba un chico de unos diez años que jugaba con gran habilidad con una *tablet* (o como se diga en español). Se acerca otro niño de unos 7 u 8 años, se presenta muy correctamente mientras le da la mano al jugador: “Buenas tardes, me llamo Sirioya -diminutivo de Serguei- ¿cómo te llamas? ¿Puedo hacerte una pregunta?”. Entablaron una conversación altamente especializada sobre el juego en cuestión, mientras el jugador seguía su partida. No presté mucha atención a los detalles. Pero de repente oigo como el más joven le pregunta al jugador: ¿Tú crees en Dios? Este responde evasivamente, “Si..., no sé..., muy poco...” Me recordó la famosa escena de la

zarzuela *La tabernera del puerto*: “-¿Tú crees en Dios, tabernero? - Sí, señor..., aunque muy poco...”. El pequeño testigo le repuso al jugador que era mejor creer en Dios, y luego siguió con toda una catequesis, a la que el jugador, la verdad, no prestó mucha atención. En esto llamaron al embarque, al levantarme le lancé al joven evangelizador una mirada de complicidad, y ahí los dejé. No pude menos de admirar el celo religioso de aquel muchacho”. Pues de eso se trata, precisamente de eso.

Entre las obras de música inmortales no se cuentan solamente las sinfonías incompletas, sino también las *patéticas*. En la intrahistoria de la persona ambas emociones, las del duelo y la del arrepentimiento, pueden tener y tienen su sentido. Una paciente me escribía: “En este tiempo he aprendido que la voluntad de cambio está en uno mismo y que, si bien hay cosas que no tienen solución, siempre se puede hacer algo, y si no dejarlo en manos de Dios, porque ahora sé que él está aquí, conmigo a mi lado. Empecé a caminar bajo la lluvia en lugar de esperar que la tormenta pase, aunque sé que algunas veces es mejor esperar a que las aguas se calmen para ver con mejor claridad. Me puse a dieta de culpas; dejé de fumar, dejé de preocuparme de las expectativas que los otros tienen de mí, ejercité más que nunca el hacerme cargo únicamente de lo que digo y hago, no de lo que crean ni entiendan los demás. Aprendí a reconocer a las personas manipuladoras, a olerlos a distancia, y tengo bien en claro que no voy a permitir que personas así vuelvan a meter en ninguno de mis círculos. Me di cuenta de que nada es instantáneo ni mágico, de que la ansiedad es mala consejera, de que el “todo ya”, no existe, y de que, a la larga o a la corta, la única forma de clarear mi propio cielo es con la cabeza limpia y fría. Comprendí que cualquier cosa ideal no existe más que en la propia cabeza y que es uno mismo quien debe buscarlo o construirlo. Que no siempre sale bien, pero lo que vale es intentarlo con coherencia y aprender del error. Aprendí a enfrentar situaciones y fantasmas a los que solía huir sacudiéndome los miedos y dando lo mejor de mí, pero también empezando a reconocer cuándo era suficiente y cuándo había que buscarle una vuelta de tuerca más, sé que este trabajo en mi misma no termina, pero hoy soy más consiente de mi cambio y me encuentro sorprendida. Me amigué con el desapego, solté infinidad de personas y cosas que debían soltarse y muchas otras que no me servían ni sumaban, pero es increíble cómo poco a poco vas topándotelas en tu camino y los que antes te parecían especiales hoy ya no lo son, pero también comprendí lo que una relación puede engrandecer y hacerte crecer. Me reconcilié profundamente con mi soledad, y la disfruto momento a momento como un regalo que se va a recortar cuando realmente encuentre alguien por quien valga la pena negociarla. Asumí que existen las causas perdidas, terminé de entender que no

se puede mojar una piedra por dentro, ni mucho menos salvar a quien no quiere ser salvado. He empezado a guardar el cariño, la ternura y la locura para mí y para quienes realmente lo merezcan. Entendí que tengo mucho para dar y que me provoca muchísimo placer darlo, pero que mi desafío es hacerlo donde eso no sea un relleno, sino donde sea realmente valorado. También mejoré mi humildad reforzando las ganas y la inocencia de querer seguir aprendiendo constantemente. Aprendí que lo más importante es no detenerse, porque no hay instancia de la vida donde debamos quedarnos quietos, sin luchar. Me doy cuenta de que disto mucho de ser perfecta o de tener la vida ideal, pero al menos, me hace feliz tener la certeza que la felicidad es una decisión, y eso hace que esté mejor plantada en el camino para ser la mujer que realmente quiero ser”. Hermosa lección que sólo quiero recordarnos, terapia sanador, rejuvenecedor y a la altura de cualquier rostro de melancolía. Vamos, don Santiago, un poco más y ya llegamos¹⁶.

Por mi parte, según va estrechándose el campo de posibilidades de mi vida, ya superados los setenta años, cuanto más desnazco tanto más me veo renacer; cuanto mayor se hace este abuelo a su servicio más cerca está de su nacimiento, convencido de que el día último será el día primero. Para nada estoy hablando de quitarme años conforme a mi inevitable coquetería, sólo deseo expresar que nadie es capaz de dar cuenta de su biografía narrativa sin la experiencia de su pasado, por eso celebraremos el día de nuestro ocaso como el día de nuestro orto: caminamos hacia los orígenes, la verdad es el todo, en ella todo lo racional es real y todo lo real es racional. Con todos mis amigos (no sin ellos) me veo resucitando cada día de entre los muertos y de entre mis muertes para vivir contigo una vida nueva, y no el hastío de una reviviscencia cíclica, ni la inane vacuidad de un vacío donde todo es nada y menos que nada. Cada día volvemos a la vida, ya no más camello ni león, sino sencillos seres niños-padres, niños-adultos y niños-niños reconciliados con todo y del todo renovados, somos más en nuestra mayor debilidad. Quien -vivió menos antes, después vivirá más, “más mejor”. Morir para ver. Según

¹⁶ *Non omnis moriar*, no todo morirá. Decimos no a esto, lo sentimos: “Hemos llegado sin sentir a los helados dominios de *Vejecia*; a ese invierno de la vida sin retorno vernal, con sus honores y horrores. El tiempo empuja tan solapadamente con el fluir sempiterno de los días, que apenas reparamos en que, distanciados de los contemporáneos, nos encontramos solos, en plena supervivencia. Porque el tiempo “corre lento al comenzar la jornada y vertiginosamente al terminarla. Al leer en nuestra conciencia, quedamos un poco aturcidos. El yo, no obstante las traiciones y eclipses de la memoria, sigue considerándose como eje de nuestra vida interior y exterior, a despecho de un cuerpo decrépito que nos sigue jadeante y como a remolque en nuestras andanzas fisiológicas e intelectuales” (Ramón y Cajal, S: *El mundo visto a los ochenta años*. Alianza Ed, Madrid, 1986).

los mayas Ximulew (*Ixim* es maíz y *Ulew* es territorio) el maíz es tan sagrado que no debe desperdiciarse ningún grano, por eso los ancianos dicen que el maíz se pone triste y llora cuando no se come. Así, cuando los ancianos ven un grano tirado, lo toman y le dan un soplo de su aliento para reenergizarlo pidiendo disculpas por el descuido a los y a las primeras cuatro abuelas y abuelos creados. Por eso al referirse a la semilla del maíz se refieren a un guardián, un sustentador de la vida. Esos ancianos remotos e ignotos nos preceden, vamos con ellos hacia Ítaca. Tan sólo hace falta recordar dónde está el maíz y caminar tras él cual pies polvorientos.

Vencer el sufrimiento, enriquecer a la humanidad, esa es la cuestión. Pese al amargo rigor de la muerte (*rigor mortis*), desde antiguo la sabiduría helénica vio la vida como *prolepsis thánatou*, como anticipación para la muerte, pero no en viscoso dolorismo amasocado, antes al contrario como sabiduría para mejor vivir. Del mismo modo el pensamiento latino vio desde primera hora el *camino de perfección* relacionado con el *camino de salvación*, y relacionó *salus, salvus* con *sotería* o salvación. Privilegio que no siempre se aprovecha de forma adecuada si nos centramos con exceso en la enfermedad y no tanto en el enfermo olvidando así la medicina occidental que el mundo cura más enfermedades que enfermos y muy pocas veces a la persona. *Pero el hombre quiere estar sano para llegar a ser alguien, y no sólo algo*. Como dijera Cicerón, “las armas defensivas de la vejez son las artes y la puesta en práctica de las virtudes cultivadas a lo largo de la vida. Cuando has vivido mucho tiempo, producen frutos maravillosos” (*De senectute*). La obra de Cicerón va presentando los cargos que se imputan a la vejez y elabora a la vez sus refutaciones, a manera de planteamiento casi jurídico:

- La vejez es un impedimento para la acción porque disminuye la fuerza, la memoria y resulta molesta para los demás. Que refuta diciendo que no todas las cosas necesitan fuerza, a menudo las más importantes requieren experiencia y prestigio, la memoria no se pierde si se ejercita y la pesadez o molestia para los demás es cuestión de nuestro carácter, más que atribuirla a la edad.

- La vejez debilita las fuerzas del cuerpo y priva de los placeres. Que refuta diciendo cómo los placeres tiranizan al hombre y hay que agradecer a la vejez la privación del deseo y encontrar otros placeres como el estudio o la literatura, porque los cimientos de una buena vejez son el prestigio y el respeto a la edad.

- La vejez está cerca de la muerte. Que refuta diciendo que la muerte no es exclusiva de la vejez, la muerte es natural porque nuestra naturaleza es caduca. Hay que despreciar a la muerte porque, si el alma muere con el

cuerpo, nada puede pasar después, pero si el alma no muere volverá a su medio natural; el alma es inmortal y sobrevive al cuerpo¹⁷.

Lucius Anneus Séneca había escrito parejamente: “Vemos que has llegado al extremo de la edad humana, gravita sobre ti centésimo año o más. Calcula cuánto de ese tiempo se ha llevado el acreedor, cuánto la amiga, cuánto el rey, cuánto el cliente, cuánto los pleitos conyugales, cuánto la sujeción de los esclavos, cuánto el vagar oficioso por la ciudad. Añade las enfermedades que nos causamos nosotros mismos y el tiempo inutilizado. Verás que disponemos de menos años de los que cuentas. Haz memoria de cuándo estuviste seguro de tu propósito, cuántos días se desarrollaron como los habías programado, cuándo dispusiste de ti mismo, cuando permaneció tu rostro inmutable y tu ánimo indemne, qué has hecho en tan largo tiempo, cuántos saquearon tu vida sin que sintieras la pérdida, cuánto se llevó el dolor vano, la alegría estúpida, el ávido deseo, los cumplidos, y qué poco ha quedado de lo tuyo. Comprenderás que mueres antes de tiempo”¹⁸. Séneca se contesta a tantas preguntas: ¿Cuál es entonces la causa de todo eso? Vivís como si fuerais a vivir siempre, nunca recordáis vuestra fragilidad, no observáis cuánto tiempo ha pasado ya. Lo perdéis como si dispusierais de un depósito lleno y rebosante, cuando puede que precisamente ese día dedicado a un hombre o cosa sea el último. Teméis todo, como si fuerais mortales, y deseáis todo como si fuerais inmortales”. Cuando en el siglo V San Jerónimo traduce la Biblia al latín interpreta lo sólido, firme y fuerte como *firmus*, siendo la bóveda celeste *firmamentum*. *Firmus* afirma, consolida, confirma, da fuerza, anima, por eso en el acto de la firma de un documento -una receta médica en este caso- se le da fuerza y autenticidad. En sentido privativo, aquél que no puede mantenerse en pie, que no está firme, es *infirmus*: enfermedad, enfermo, enfermizo señalan al falto de salud física y moral que ya no puede mantener la *firmeza* que la vida exige¹⁹.

Vivir es también decir no a *la enfermedad de la desilusión* Hace más de veinticinco años escribí yo mismo algo que ahora ratifico sin nada rectificar: “Para quien solo se reconoce en la materia, el tiempo le iguala con la años la envoltura del árbol y con los círculos de su endurecido esqueleto. Pero el hombre acaba por tener la edad que supo tener. Y la muerte huye cuando creatividad, ilusión, esfuerzo y pasión actúan. Solo unos pocos mueren fulgurados por un rayo. El resto, cuando llega la hora, pero hay que permanecer sobrio y vigilante. El animal tiene un *antes*, no un *pasado*, éste es

¹⁷ *Sobre la vejez y la amistad de Cicerón*. Alianza Editorial, Madrid, 2010.

¹⁸ *Sobre la brevedad de la vida, el ocio y la felicidad*. Ed. Acantilado, 2013, pp. 13-14.

¹⁹ Estos ejemplos proceden del excelente libro de Fernando Bandrés *Vejez biológica y biográfica*. Fundación E. Mounier, Madrid, 215

cosa del hombre, capaz de mirar hacia atrás. La vejez es un precipitado sapiencial, con sus mermas y sus incrementos. Liberado de las vanidades, solo resiste y aumenta lo que sigue siendo importante y válido de cara a la muerte en la integridad de un yo que puede asumir con sentido lo que ha sido y que quiere definitivamente ser, descansando de la obsesión de actuar sin parar, porque ya no hace falta casi nada, solamente poseerse a sí mismo...Vejez: óptima ocasión para encontrarse con lo que uno ha hecho de sí mismo; también, de este modo, para recuperar la infancia frente a todo miedo. En suma, que humos, dignidad y esperanza opónense en la vejez buena a la amargura, la indignidad o la desesperación”²⁰. De acuerdo también con el doctor Fernando Bandrés, “la vejez puede ser un nuevo tiempo, verdadero renacimiento que nos ilumina y capacita para descubrir la necesidad de creer y esperar en quien nos dio la vida y la brújula de su sentido para llegar hasta hoy: Dios”²¹. Contra la tendencia de hacer de toda biografía una *patobiografía*, al menos a mí me parece que estamos aquí para tornar imperecedero lo perecedero; y esto puede suceder sólo si se saben valorar ambas cosas. Conozco a médicos excelentes como personas y también como sabios, entre ellos al Dr. Fernando Bandrés, profesor de la universidad Complutense de Madrid, y a la doctora Esperanza Díaz, profesora de la universidad de Bergen (Noruega). Aunque sólo hubiera sido por la cercanía con ambos podría poner la mano en el fuego para afirmar lo que sigue: *la medicina es la más humana de las artes, la más artística de las ciencias y la más científica de las humanidades*.

Hombre (*homo*), tierra (*humus*) y humilde (*humilis*) tienen un mismo origen semántico y vital, porque el hombre viene de la tierra humildemente, de ahí que la humildad se torne “verdadero conocimiento y voluntario reconocimiento de nuestra miseria”²² y que “sólo conoceremos la felicidad si tomamos el camino correcto, el que habíamos emprendido al principio, cuando brotamos del barro; sólo entonces podremos vivir en paz, pues lo que da sentido a la vida, da sentido a la muerte”²³. Resulta necesario soportar nuestra imperfección para lograr la perfección. Digo soportar con paciencia, no amarla ni acariciarla: la humildad se alimenta de este sufrimiento²⁴, pero ¿de qué sufrimiento? Según Grimm, Dios

²⁰ Díaz, C: *Difícil humor nuestro de cada día*. Ediciones Libertarias, Madrid, 1991.

²¹ Bandrés Moya, F: *Vejez biológica y biográfica*. Fundación E. Mounier, Madrid, 215, prólogo.

²² Francisco de Sales: *Introducción a la vida devota*. Obras, BAC, Madrid, 1982.

²³ Saint-Exupéry, A: *Un sentido a la vida*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1995, p. 115.

²⁴ Francisco de Sales: *Carta a una señora* BAC, Madrid, 1982, p. 811.

otorgó a todos los vivientes treinta años de vida, pero hubo tres animales a quienes este número pareció excesivo, obteniendo sendas rebajas. Al asno le quitó Dios dieciocho años, al perro doce y al mono diez. El hombre los obtuvo entonces tras pedirlos. Así vive setenta años, los treinta suyos, otros dieciocho en que trabaja como un asno, doce que lleva vida de perro, y los últimos diez como un mono. Si llevara razón Grimm, ese sería el sufrimiento básico, el reconocer la pobreza que nos constituye. En aceptar lo que es, o sea, nuestra pobreza, consistiría entonces la humildad, y pesimistas como Ciorán se han especializado en subrayarla: “una visita a un hospital y, cinco minutos después, se hace uno budista si no lo es ya, o vuelve a serlo si había dejado de serlo” (Ciorán). Personalmente dudo que las cosas sean como Grimm o Ciorán las pintan, pero reconozco que -ricos por muchos conceptos- somos también pobres. La pobreza no se refiere solamente a la escasez de bienes materiales, sino también a la falta de carácter, a las deficiencias humanas en general, y que se traducen en exclamaciones vitales: ¡pobre de mí! Pobre no es sólo el que vive de la beneficencia, el subsidiado, el mendigo, el arruinado, sino también el empobrecido, el privado, el necesitado. La escala de la pobreza, por paradójica, es rica, rica en pobrezas: se puede ser pobre, depauperado, paupérrimo. ¿Quiénes son, en definitiva, pobres? La condición de pobre no es algo adjetivo, sino consustancial a la condición de hombre. *Soy humano, nada humano me es ajeno*: soy pobre, nada del pobre me es extraño, ninguna de sus pobrezas me es desconocida antes o después pertenezco a la pobreza. De alguna manera lo somos todos, pero especialmente aquéllos donde el dolor, la soledad, el desamparo, el desgarramiento ha hecho o iniciado su mella: la vejez, la extranjería, el desempleo, la enfermedad, el hambre, la depresión, son algunas de las huellas lacerantes y terribles en el rostro de la pobreza. Desde esa perspectiva, mientras haya ser humano, siempre tendremos pobres con nosotros. Rica es la escala de pobrezas para cualquier humano.

Sin embargo, pesimistas aparte, una de las riquezas humanas radica paradójicamente en que puede servirse de su pobreza para enriquecerse. Cada pecho rebosa deficiencias, pero al que es humilde esas deficiencias no le arrastran hacia la tristeza o la desolación, ni al maquillaje, ni a la soberbia por reacción, sino a lo más rico de lo más pobre agradeciendo su hallazgo porque es un hallazgo de lo real verdadero, de lo que es; como decía nuestro maestro Emmanuel Mounier, *para ser un hombre hace falta haber conocido la enfermedad, la desgracia o la cárcel*”. De todos modos, no deja de ser duro tener que enriquecerse de esta manera, y por eso da bastante miedo al común de los mortales.

El miedo que produce la última pobreza de la muerte. Y, sobre todas las pobrezas, la de la muerte. Todo vive sujeto a la fragilidad y al accidente; todo caduca, todo enferma, todo muere. La naturaleza es una sucesión de nacimientos y

muertes, el mundo una posada, y la muerte el final del viaje, pudiéndose asegurar que desde que se nace se es lo suficientemente viejo para morir. Lo dicen estos versos socarrones: “Camino del cementerio/ se encontraron dos amigos./ ¡Adiós!, dijo el vivo al muerto,/ ¡hasta luego!, el muerto al vivo”. La muerte no es lo que les pasa a los otros tan sólo, y ese que tú lloras por haber muerto no ha hecho en realidad más que precederte. Todos cabalgamos sobre la sombra de la propia parca, con la evidencia de la muerte, aunque vivamos como si estuviésemos seguros de vivir siempre. Si fuéramos un poco más humildes, reconoceríamos que la vida de los muertos está al menos en la memoria de los vivos, y por eso cuanto más recordemos a las personas queridas y nos aflijamos por ellas, tanto más aprenderemos a imitar su buena conducta y a estimarlas, aunque las hayamos perdido. Se precisa toda la vida para aprender a vivir, y toda la vida para aprender a morir. Los más cínicos dicen que la muerte abre las puertas de la fama y cierra tras de sí las puertas de la envidia. Los más cuerdos viven como quien va a morir; tú, aunque seas mandarán, ten en cuenta que no eres más que el hijo de tu madre: la pompa de los entierros atañe más a la vanidad de los vivos que al honor de los muertos. Nadie muere tan pobre que la ropa no le sobre, a la muerte no se la oye porque en la intimidad de la casa anda en zapatillas. La muerte puede mirarse como el último día de la vida o como el primero de la eternidad; ella es como el verbo que las lenguas germánicas colocan al final de la frase y que da sentido a todo. *Barro y polvo sí, mas polvo enamorado*. Aunque provengamos de la tierra y seamos polvo, seremos polvo sí, mas polvo enamorado, capaz de salvarse y heredero de eternidad. A pesar de la condición finita y pecadora del tiempo humano, Dios mira con más agrado acciones malas a las que acompaña la humildad, que obras buenas infectadas de soberbia: “Si no existiese la oscuridad, el hombre no sentiría su corrupción, y si no existiese la luz el hombre no tendría esperanza de curación. No sólo es justo, sino provechoso para nosotros, que Dios esté oculto en parte y en parte manifiesto, porque es tan peligroso para el ser humano conocer a Dios sin conocer su propia miseria, como conocer su propia miseria sin conocer a Dios” (Blaise Pascal). En esa línea añade Francisco de Sales: “¡Benditas imperfecciones que nos hacen reconocer nuestra miseria y nos ejercitan en la humildad!”.

Agradecido ser por haber sido. No sólo podemos sacar partido de la pobreza luminosa y de las pobres vasijas de barro que somos; humildemente, también agradecemos lo que es habiendo sido, como lo hizo un gran poeta palmero: “Aquellas manos, ásperas a veces/ y otras veces tan suaves,/ donde las venas eran ríos/ azules, hondos, tibios, familiares./ Aquellas manos-nubes poderosas,/ tan sabias y gigantes.../ Hoy los años han hecho/ -en él y en mí- cambiar mucho a mi padre./ Más hombre y menos dios;/ menos sabio y más ángel./ Sabe menos que yo porque es más sabio:/ sabe dudar y duda lo que sabe./

Sus manos en el último milagro,/ trémulas como flechas al posarse,/ secan frentes aún y lavan penas/ tan milagrosamente como antes”. (Pedro Lezcano). Los mejores poetas esenciales lo han visto: “Dichoso el que un buen día sale humilde/ y se va por la calle, como tantos/ días más de su vida, y no lo espera/ y, de pronto, ¿qué es esto?, mira a lo alto/ y ve, pone el oído al mundo y oye,/ anda, y siente subirle entre los pasos/ el amor de la tierra, y sigue, y abre/ su taller verdadero, y en sus manos/ brilla limpio su oficio, y nos lo entrega/ de corazón porque ama, y va al trabajo/ temblando como un niño que comulga/ mas sin caber en el pellejo, y cuando/ se ha dado cuenta al fin de lo sencillo/ que ha sido todo, ya el jornal ganado,/ vuelve a su casa alegre y siente que alguien/ empuña su aldabón, y no es en vano”²⁵. La sencillez es “olvido de sí, del orgullo y del miedo: es sosiego contra inquietud, alegría contra angustia, ligereza contra gravedad, espontaneidad contra reflexión, amor contra amor propio, verdad contra pretensión. El yo subsiste, sin duda, pero aligerado, purificado, liberado, desligado de sí, privado de su trono. ¿De qué sirven esas perpetuas vueltas sobre sí mismo? No terminaría nunca de examinarse, de juzgarse, de condenarse. Nuestras mejores acciones son sospechosas, nuestros mejores sentimientos engañosos. El sencillo lo sabe y se burla de ello. En él la misericordia hace las veces de inocencia, o tal vez la inocencia de misericordia. No se considera con seriedad ni a lo trágico. Sigue su camino común en paz, ligero el corazón, sin meta, sin nostalgia, sin impaciencia. El mundo es su reino. El presente es su eternidad, y lo colma. No tiene nada que probar, pues no tiene nada que aparentar. Ni nada que buscar pues todo está allí. ¿Hay algo más sencillo que la sencillez? ¿Algo más leve? Es la virtud de los sabios y la sabiduría de los santos”²⁶. Y es la verdad de las virtudes, el desapego de todo, hasta de uno mismo, dejar ir, recibir lo que viene sin guardar nada para sí. Y es desnudez, desposesión, pobreza. Sin otra riqueza que todo. Sin otro tesoro que nada. Y es libertad, ligereza, transparencia. Libre como el aire: la sencillez es el aire del pensamiento, ventana abierta a la inmensa respiración del mundo, a la presencia infinita y callada del todo. ¿Hay algo más simple y callado que el viento? ¿Algo más etéreo que la sencillez?²⁷.

Humildad: la sencilla inocencia que simplemente está. Se dice que, cuando el sermón es bueno, poco importa la forma del púlpito; desde luego, la sencillez es el sello de la verdad: hombre sencillo, alma grande. La belleza es un

²⁵ Rodríguez, C: *Alto jornal*. In “Desde mis poema”». Ed. Cátedra, Madrid, 1994, p. 97.

²⁶ Comte-Sponville, A: *Pequeño tratado de las grandes virtudes*. Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 2000, pp. 159-160.

²⁷ *Ibi*, pp. 153-155.

bien frágil. La mitad de la belleza depende del paisaje, la otra mitad del ojo. Me gusta muchísimo como lo cantó Luis Cobiella, poeta grande y hermano mayor de isla pequeña y hermosa, la canaria isla de La Palma,: “Elaboradamente, lentamente,/ esta masa de amor y su aventura/ a través del vivir, se transfigura/ hacia la sencillez de lo inocente./ El sol atardecido es suficiente,/ o la silvestre flor, o la ternura/ de cualquier gesto o voz, o la llanura/ del mar azul, para que esté presente/ la historia del amor, ya convertido/ su arrebatado ímpetu en sonrisa,/ su pulso ardiente en íntimo latido./ No se acabó el amor sino la prisa./ Aquel ave nació para este nido,/ aquel viento nació para esta brisa”./ Pocos poetas he conocido tan profundamente *ecosencillos*: “Esta forma de estar donde se ama/ lo inocente y sencillo; donde, al frente/ de cada sencillez, un inocente/ deseo de inocencia te reclama;/ este anidar la brisa en quieta rama/ donde es pájaro puro lo presente,/ donde el nido es regazo, gracia y fuente/ de claros vuelos, juventud se llama./ Todo es inocencia. Todo altura./ El mundo se define. Se precisa/ la sencilla y total arquitectura/ de la felicidad. Y tu sonrisa/ es el hallazgo, al fin, de la ternura./ No se acabó el amor, sino la prisa” ... “Una visión serena. Una severa/ y humilde selección de lo pendiente./ Y una alegría por estar presente/ al vivo trance de la primavera./ Y que vejez consista, sobre todo,/ en tenue olvido de mirarse apenas,/ sabio secreto de volvernos sabios/ ignorando felices de igual modo/ cómo endurecen nuestras blandas venas,/ cómo se ablandan nuestros duros labios” (Luis Cobiella). Persona humilde es la que tiene el valor de firmar legiblemente y de hacer el viaje de la vida llevando sólo el equipaje necesario. Desde luego, es más difícil hacerse un nombre por una obra perfecta, que hacer valer a un mediocre por el nombre que ya se ha adquirido; podemos parecer grandes desempeñando un cargo por debajo de nuestros méritos, pero casi siempre pareceremos pequeños si desempeñamos un cargo más importante del que merecemos. El hombre del día suele ser el hombre de un día: prefiero que la gente pregunte por qué no hay una estatua mía, dijo Marco Poncio Catón, y no que pregunte por qué la hay.

No quisiera, en todo caso, dejar de referirme en estas pocas páginas al *miedo al perdón como incapacitante para recuperar la salud moral y la naturalidad ante la vida, con sus noches y sus días*. Quien ha violado su propia conciencia teme llamar a su propia puerta a media noche. Uno de los mayores castigos es dejar a un hombre en soledad cara a cara con su crimen, por eso no pocos miran hacia otra parte. La obstinación, el no querer salir de la culpa empuja de nuevo al intento de huir de sí mismo. En la *falsa cultura de la inocencia* se da un movimiento de rechazo de cuanto suene a culpa. Según Lin-Yutang “para cristianizar a un oriental, primero hay que convencerle de que es culpable. El complejo de culpabilidad es el sofisma previo en que se basa el autoritarismo de la cultura judeocristiana; una de sus consecuencias es la represión sexual; otra, la actitud de

antagonismo respecto a la naturaleza. El complejo de culpa es la gran trampa de la cultura judeocristiana, el sofisma que tiene atenazado y confundido al subconsciente colectivo de Occidente. Los psicoanalistas dedican la mayor parte de sus horas a deshacer las neurosis creadas por este monstruo verde y viscoso de la culpa que vive agazapado en los cerebros y sorbe en remordimientos las energías que podrían ir a la vida y mueren autodestruidas antes de llegar a la acción". Así pues, *me he hecho a mí mismo y no debo nada a nadie*, ¡olé, torero! ¡mister Musculitos se mira al espejo y se ve inocente, a él que le registren, bastante tuvo con *sobrevivir viviendo-sobre*, él nunca maleó a nadie, no le pregunten si para hacerse a sí mismo alguna vez deshizo a los demás! Plebeyo moral -antítesis del aristócrata de espíritu-, la sociedad le debe todo, él sólo tiene derechos pero no deberes. Pian pianito, como dijera Epicuro, el ateísmo conviene a quienes *matan a Dios por miedo a que Dios les mate*. Lo más triste es que esto no sirve para nada ni para nadie, antes al contrario fomenta el pesimismo tornándote incapaz de ayudarte a ti mismo porque, en lugar de asumir responsabilidades y abrir cauces, te paraliza por miedo a la culpa y te convierte en un inútil con:

Remordimiento destructivo. Consiste en querer que lo acontecido no hubiera tenido lugar, pero no poder olvidarlo por poner en ello el máximo ardor. El remordimiento es el recuerdo sin esperanza de una falta y la condena de uno mismo por uno mismo en esa culpabilidad desesperada; el de esa forma remordido es dos veces débil e impotente, una primera por la comisión de la falta y una segunda porque pensando en ella se debilita cada vez más. Sin embargo, una cosa es el *culpabilismo patológico*, autodestructivo, y otra muy diferente el reconocimiento de la culpa que abre al reconocimiento de la propia realidad. El otro *no humilla* cuando perdona, antes al contrario se sitúa en la antípoda de aquellas *Erinias* maestras en el oficio de venganza que surgían de los infiernos para perseguir al infractor hasta llevarle a la locura. Nietzsche erró al ver en el perdón una interiorización del resentimiento contra sí que ya no diría *es culpa tuya*, sino *es culpa mía*, deviniendo el perdón una eternización de la deuda impagable. No erraba menos Baudrillard cuando veía el perdón como un metabolismo funcional regenerador con su zona de indiferencia estratégica.

Escrúpulo inhabilitador. El escrúpulo, aunque no lo parezca, tiene por objeto negar la culpa real mediante un razonamiento sutil: "Soy el mejor porque mi autopercepción de la culpa es superior a la de los demás y por eso me remuerde más que a ellos", encontrándose en el fondo orgulloso de su finura moral que le recompensa sus padecimientos. No deja de resultar sintomático que el escrupuloso resulte inconsecuente, al no ser escrupuloso con su propio escrúpulo.

Hundimiento desesperanzado. En la desesperación no se contempla otro porvenir que el pasado obsesivo convertido en idea fija mientras se escapa la vida misma enredada en lo retrospectivo. Quien se instala en esa dimensión se eterniza en la rumia mental de desastrosas consecuencias, error trágico, pues una cosa es el sano reconocimiento y dolor por el mal cometido y otra el escrúpulo que, viendo en todo ocasión de pecado, lo mismo en el hacer que en el no hacer, termina por sacarnos de la vida, lo que queríamos evitar. Schopenhauer acertó al resaltar el papel positivo del remordimiento de quien, buscando dejar atrás los vicios que le abruman, y no pudiendo sobrellevar el peso o la mancha de su malignidad, lo vive como un comentario retrospectivo en forma de *debieras haber actuado de otro modo, o deberías tratar de ser otro hombre*. La conciencia de culpabilidad, uniendo así libremente en un haz el pasado y el futuro, descubre la causalidad del yo por encima de sus actos particulares; ciertamente sólo podemos llegar al nuevo yo a través de nuestros antiguos actos concretos, pero la conciencia de culpabilidad revela en ellos esa exigencia de integración que constituye nuestra personalidad, remontándose el yo por encima de sus actos. La persona capaz de arrepentirse -ningún otro ser vivo puede hacerlo- dice: *lo que hice no estuvo bien*, y quisiera que no hubiera sucedido; pero no me es posible hacer que no haya sucedido. Lo que sucedió, sucedió y ahí está. Puedo asumirlo en ese comienzo que nace de la relación entre la libertad y el bien basado en la flexibilidad y la fuerza creativa de la vida. Entonces aquello de lo que el hombre se arrepiente se hace nuevo trasladado a un nuevo contexto.

Tentación de juzgar. Al juzgarse a sí mismo, antes que echarse en brazos de quien puede perdonarle, el tentado acentúa más el yo que el *ante ti*. Como formuló Epicuro, muchos falsos creyentes terminan en el ateísmo porque subjetivamente les conviene que no exista ese Dios judicial y castigador a ultranza cuya sola imagen les desazona y aterra.

En todo ello anida el instinto de muerte, el miedo a la vida, y la carencia del orgullo de ser por haber sido, y de haber sido por ser.